

EL NUEVO PERFIL DE LAS MUJERES RURALES JÓVENES EN EL

PERÚ

Documentos de Trabajo del programa Nuevas Trenzas

Aileen Agüero
Mariana Barreto

Documentos de Trabajo del programa Nuevas Trenzas, 02

El nuevo perfil de las mujeres rurales jóvenes en el Perú

© IEP Instituto de Estudios Peruanos
Horacio Urteaga 694, Lima 11
Telf: (51-1) 332-6194/424-4856
Correo-e: <publicaciones@iep.org.pe>
URL: <www.iep.org.pe>

© Nuevas Trenzas

Documento de Trabajo 177, ISSN: 1022-0356
Serie Programa Nuevas Trenzas, ISSN 2306-8655

ISBN: 978-9972-51-376-3 (Versión impresa)
ISBN: 978-9972-51-377-0 (Versión digital)

Impreso en Perú
Primera edición en español: Lima, octubre de 2012
Primera reimpresión: Abril de 2013
Segunda reimpresión: Junio de 2013
150 ejemplares

Diseño editorial: StockInDesign.com
Fotografía en contracarátula: Andrea García (Nuevo Pedregal, Piura, Perú)

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2012-11931

Prohibida la reproducción total o parcial de las características gráficas de este libro por cualquier medio sin permiso de los editores.

El nuevo perfil de las mujeres rurales jóvenes en el Perú. Aileen Agüero y Barreto, Mariana. Lima, IEP; Nuevas Trenzas, 2012. (Documento de Trabajo, 177. Serie Programa Nuevas Trenzas, 2)

1. MUJERES RURALES; 2. DESIGUALDAD SOCIAL; 3. EXCLUSIÓN SOCIAL; 4. POBREZA;
5. MUJERES JÓVENES; 6. PERÚ

WD/14.04.02/N/2

CONTENIDOS

Resumen ejecutivo.....	4
Introducción.....	5
1. Las mujeres rurales jóvenes en el Perú	9
2. Principales hallazgos y evolución de brechas	12
3. Retos y perspectivas de futuro	34
Conclusiones	36
Bibliografía.....	39

RESUMEN

EJECUTIVO

4 Este informe busca mostrar quiénes son hoy las mujeres rurales jóvenes en el Perú. Para ello delineamos y analizamos cuatro dimensiones. Presentamos un perfil socio-demográfico, que toma en cuenta la educación, el estado civil, la relación con las tecnologías de la información y la comunicación (TIC) y las estrategias de vida; los vínculos con el Estado; y sus expectativas y percepciones. Partimos de un enfoque que sostiene que las mujeres rurales jóvenes son un colectivo marcado por un conjunto de brechas que se entrecruzan, generando complejas desigualdades que colocan a este colectivo en una situación de desventaja. Tomamos en cuenta también la “competencia práctica” o “capacidad de hacer” de estas jóvenes. Encontramos que se trata de un colectivo marcado aún por amplias brechas, sobre todo por la de género y la geográfica, que limitan sus posibilidades de alcanzar un desarrollo autónomo y satisfactorio. Ello las lleva, en última instancia, a repetir las historias de sus madres y abuelas. No obstante, estas brechas se han ido cerrando en el tiempo, algo que como veremos es resultado muchas veces de las estrategias que las mismas jóvenes desarrollan para enfrentar estas limitaciones.

Hemos utilizado una metodología mixta. La información cuantitativa proviene de dos fuentes: de la Encuesta Nacional de Hogares de 2010 y del Censo Nacional de 2007. Para recoger la información cualitativa hicimos grupos focales con mujeres rurales jóvenes entre 14 y 35 años; así como con mujeres mayores. Realizamos además entrevistas en profundidad con las jóvenes para recoger sus historias de vida. El trabajo de campo fue realizado entre febrero y abril de 2012 en dos localidades: Nuevo Pedregal, en el departamento de Piura en la costa norte del Perú; y en Andaray, una zona andina del departamento de Arequipa, ubicado en la sierra sur del Perú.

INTRODUCCIÓN

En el marco del programa Nuevas Trenzas - Mujeres Rurales Jóvenes de América Latina del Siglo XXI, este documento presenta los principales hallazgos tanto por el lado cuantitativo como por el cualitativo, correspondientes a Perú.

5

Para ilustrar la situación de las mujeres rurales jóvenes en el Perú, partimos de un enfoque que sostiene que este colectivo está marcado por un conjunto de brechas que se cruzan entre sí, generando desigualdades entrecruzadas, que colocan a las mujeres rurales jóvenes en una situación de desventaja respecto a otros grupos de la población. Estas desigualdades influirían en su capacidad para desarrollar estrategias de vida autónomas e insertarse en procesos de toma de decisiones. En concreto, son cuatro las brechas principales que pretendemos analizar:

- Brecha de lugar de residencia, que separa a las mujeres rurales jóvenes de sus contemporáneas urbanas.
- Brecha de género, que separa a las mujeres rurales jóvenes de los hombres rurales de su mismo grupo de edad.
- Brecha de generación, que separa a las mujeres rurales jóvenes de sus abuelas y madres rurales.
- Brecha de pobreza, que dentro del grupo de mujeres rurales jóvenes diferencia a aquellas que viven en un hogar en situación de pobreza de quienes viven en hogares no pobres.

Otro concepto que guiará nuestro análisis es el de “competencia práctica”, empleado por el sociólogo francés Pierre Bourdieu. Este concepto hace referencia a la “capacidad de hacer”, es decir, a la capacidad de los individuos para interactuar en el medio social en el que se mueven, con el objetivo de lograr sus metas personales y colectivas. Esto es importante en la medida en que sostenemos que las mujeres rurales jóvenes de hoy tienen nuevas —y quizás mayores— posibilidades, así como un gran potencial para insertarse en las dinámicas territoriales y aportar desde su posición al desarrollo de sus comunidades.

Dentro del concepto de competencia práctica incluimos tres aspectos: competencia técnica, entendida como el manejo de las habilidades necesarias para hacer algo, como la educación; competencia legal, entendida como la existencia de un marco legal que permite hacer algo, tomando en cuenta los vínculos con el Estado; y la competencia subjetiva, entendida como la capacidad del sujeto para percibirse con derecho y habilidad para hacer algo, para lo que tomaremos en cuenta las expectativas de las mujeres rurales jóvenes.

Para caracterizar a las mujeres rurales jóvenes dividimos al colectivo, tanto para el trabajo cuantitativo, como para el trabajo cualitativo, en tres grupos de edad: (i) entre 14 y 17 años, (ii) entre 18 y 25 años y (iii) entre 26 y 35 años. Para el trabajo de campo cualitativo conversamos también con mujeres mayores de 35 años, en la medida en que nos interesaba conocer cómo ha cambiado el colectivo de mujeres rurales a lo largo del tiempo. Seleccionamos, además, algunas mujeres jóvenes de los grupos focales a quienes les hicimos entrevistas a profundidad, para que nos cuenten sus historias y trayectorias de vida.

Hemos dividido nuestros hallazgos y análisis en cinco grandes partes. Primero, ponemos en contexto a las mujeres rurales jóvenes de Perú: cuántas son, qué proporción representan frente a población nacional y frente a otros grupos. Luego, describimos y analizamos su situación esbozando un perfil sociodemográfico, que toma en cuenta tres temas clave: educación, estado civil y relación con las tecnologías de la información y la comunicación (TIC). Tercero, las estrategias de vida, sección en la que hacemos especial énfasis en el tema del empleo y la naturaleza de los ingresos. Incluimos también un cuarto apartado sobre los vínculos con el Estado, en la medida que consideramos que estos nexos forman parte de lo que hemos llamado competencia práctica de las mujeres rurales jóvenes. A continuación analizamos las expectativas y percepciones de las jóvenes rurales, que toman en cuenta preferencias de regímenes políticos y percepciones de pobreza. Finalmente, las conclusiones y reflexiones cierran el documento.

El estudio combina metodologías cuantitativas y cualitativas. Hemos tomado la información cuantitativa sobre todo de la Encuesta Nacional de Hogares de 2010 y, en menor medida, del Censo de Nacional de 2007. En este caso, somos conscientes

de dos limitaciones. Una, estamos utilizando datos existentes, por lo que no todas nuestras inquietudes de investigación están necesariamente incluidas en estas bases de datos. Dos, algunas veces las preguntas están dirigidas o solamente al hogar en su conjunto, sin prestar especial atención a las mujeres, o solamente a las mujeres jefe de hogar o cónyuges, dejando de lado a un grupo importante de mujeres que no entra dentro de esta categoría. No obstante, pensamos que el trabajo cualitativo puede ayudar en gran medida a complementar esta información.

Para recoger la información cualitativa realizamos grupos focales y entrevistas en profundidad con mujeres rurales en dos localidades rurales del Perú. La primera fue Nuevo Pedregal, ubicada en el departamento de Piura, en la costa norte del país. Esta localidad es una comunidad nueva, un centro poblado que no tiene más de veinte años y que es resultado de una invasión de terrenos. La mayoría de viviendas carece de servicios básicos como electricidad, desagüe, telefonía fija, así como de infraestructura urbana, como pistas y veredas. Nuevo Pedregal se encuentra a unos 45 minutos de Piura, la capital de departamento, y a veinte minutos de Catacaos, la capital del distrito, a donde las mujeres van para acceder a servicios de salud y educación, entre otros. No obstante la cercanía geográfica, no hay una articulación muy dinámica entre Nuevo Pedregal y estas ciudades.

La segunda localidad seleccionada para el trabajo de campo cualitativo fue Andaray, ubicada en la sierra sur del Perú, en el departamento de Arequipa. Andaray se encuentra a ocho horas de la ciudad de Arequipa, la segunda ciudad del país. La ciudad intermedia más cercana, Chuquibamba, se encuentra a cinco horas. A pesar de ello, los habitantes tienen una vida muy vinculada a ambas ciudades y una articulación muy fluida. Por otro lado, por lo general todas las viviendas cuentan con servicios básicos.

Hemos elegido estas localidades en la medida en que, a pesar de ser bastante diferentes entre sí, son ambas representativas de los espacios rurales que podemos encontrar en el Perú. Nuevo Pedregal, es un centro poblado costeño. Se trata de una zona bastante pobre, a pesar de encontrarse en uno de los territorios considerados entre los más dinámicos del país (Escobal y Ponce 2012). Andaray, en cambio, es una comunidad andina que a pesar de su lejanía forma parte y se beneficia de las dinámicas territoriales de la zona (Barrantes et ál. 2012).

Sabemos que, en la medida en que el mundo rural en el Perú es tan heterogéneo, estas localidades no necesariamente van a ser representativas de todos los matices que existen. De la misma manera, somos conscientes que al centrarnos en dos estudios de caso corremos el riesgo de cerrar demasiado nuestra perspectiva. Sin embargo, pensamos que podemos evitarlo en la medida en que nos hemos esforzado por hacer dialogar constantemente nuestra información cualitativa con la cuantitativa.

Finalmente, nos interesa señalar que dado que esta ha sido una primera aproximación a la situación y al mundo de las mujeres rurales jóvenes, un valioso aporte de este estudio es que, a pesar de no proponer certezas, plantea preguntas y devela nuevos temas a seguir investigando, para lograr una caracterización aún más concreta de este colectivo.

El equipo de investigación que elaboró este informe estuvo conformado por Aileen Agüero, economista encargada de la parte cuantitativa, y por Mariana Barreto, socióloga, encargada de la parte cualitativa. Ambas son investigadoras del Instituto de Estudios Peruanos. En el trabajo de campo cualitativo participó, además, Andrea García, socióloga, también investigadora del Instituto de Estudios Peruanos¹.

1 Queremos agradecer a Luis Rosas y su equipo que se encargó de la logística del trabajo de campo en Piura; así como a Gladys Suárez que fue responsable de la organización del trabajo de campo en Arequipa.

LAS MUJERES RURALES JÓVENES EN EL PERÚ

De acuerdo con el Censo Nacional de 2007 el Perú tiene un poco más de 27 millones de habitantes, de los cuales 24 por ciento habita en zonas rurales. La Encuesta Nacional de Hogares (ENAHOG) de 2010, muestra una proporción similar: 26 por ciento de la población peruana habita en zonas rurales. También encontramos que, del total de la población peruana, 49 por ciento es hombre y 51 por ciento es mujer. La población joven abarca poco más de 34 por ciento de la población total.

9

Cruzando estas tres variables, de manera específica, las mujeres rurales jóvenes representan el cuatro por ciento de la población nacional, el 16 por ciento respecto a la población rural, el 8 por ciento respecto al total de mujeres y el 12 por ciento respecto a la población joven nacional. En cifras absolutas esto supone un total de 1,301,760 mujeres rurales jóvenes. En el Cuadro 2, podemos ver que los datos del Censo Nacional de 2003 son similares. Cuando comparamos con las cifras de 1993, encontramos que, por lo general, las proporciones se han mantenido estables. Donde encontramos que sí hay un ligero aumento es respecto a población joven nacional y respecto a la población de mujeres nacional.

En perspectiva comparativa, la proporción de mujeres rurales jóvenes respecto a otros grupos es así bastante baja. Perú es, junto con Colombia, el país que presenta menor proporción de mujeres rurales jóvenes del grupo de países estudiados por Nuevas Trenzadas. Así, tenemos que de cada nueve jóvenes sólo una es mujer rural.

— CUADRO 1 —

Importancia de las mujeres rurales jóvenes respecto a distintos universos

Mujeres rurales jóvenes (14-35 años)	%
Respecto a población nacional	4
Respecto a población rural	16
Respecto a población joven nacional	12
Respecto a población de mujeres nacional	8

Fuente: ENAHO 2010 | Elaboración propia

— CUADRO 2 —

Importancia de las mujeres rurales jóvenes respecto a distintos universos 1993-2007

Mujeres rurales jóvenes (14-35 años)	Censo 1993	Censo 2007
Respecto a población nacional	4%	5%
Respecto a población rural	17%	16%
Respecto a población joven nacional	10%	13%
Respecto a población de mujeres nacional	8%	10%

Fuente: Censo Nacional de 1993 y de 2007 | Elaboración propia

10

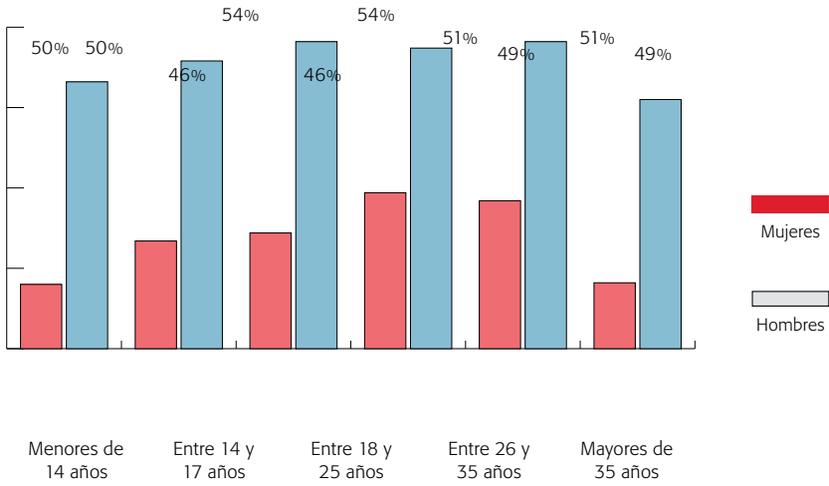
Cuando miramos la relación entre la cantidad de mujeres jóvenes y hombres jóvenes rurales, encontramos en los grupos entre 14 y 25 años, hay menos mujeres que hombres. Por cada 100 hombres rurales, entre de esas edades, hay sólo 86 mujeres rurales. No obstante, la relación cambia para el grupo entre 26 y 35 años, donde por cada 100 hombres jóvenes rurales, hay 106 mujeres rurales. En el Gráfico 1 podemos ver el desbalance en las proporciones de hombres y mujeres rurales jóvenes².

Estos datos son importantes no sólo para tener una idea clara de qué porción de la población representan las mujeres rurales jóvenes en Perú. También nos sirven para ilustrar y entender mejor la noción de “desigualdades entrecruzadas,” enfoque transversal a los análisis efectuados por Nuevas Trenzas.

2 Esto se explicará con mayor profundidad en las siguientes secciones del documento.

GRÁFICO 1

Proporción de hombres y mujeres rurales por grupos de edad



Fuente: ENAHO 2010 | Elaboración propia

PRINCIPALES HALLAZGOS

12

Para caracterizar a las mujeres rurales jóvenes de Perú, analizaremos primero datos sociodemográficos, que toman en cuenta la educación, el estado civil, la relación con las tecnologías de la información y comunicación y las estrategias de vida. Luego, veremos cuál es su relación con el Estado. Finalmente, analizaremos sus percepciones y expectativas. Nuestro análisis tomará en cuenta para cada tema las cuatro brechas que guían este informe.

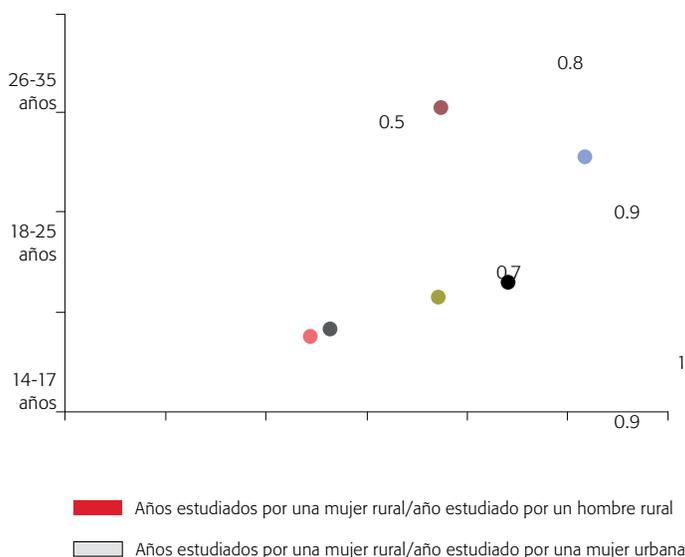
Los datos sociodemográficos, como veremos, dejan claramente establecido que las mujeres rurales jóvenes están sujetas a fuertes brechas en todos los aspectos analizados: geografía, género y pobreza. Sin embargo, en muchos casos estas brechas son menores para el conjunto de mujeres rurales de 18 a 25 años que para otras generaciones. Por esta razón consideramos importante enfatizar la necesidad de tratar a la juventud rural como un grupo heterogéneo, que requiere de políticas que tomen en cuenta diferencias de género, edad y ubicación geográfica.

2.1. Educación

Durante las últimas décadas, el Estado peruano se ha esforzado por ampliar el acceso a la educación. Así, hoy la educación primaria es básicamente universal. Además, en comparación con otros países de América Latina, Perú es uno de los países con mayores avances en términos de la reducción de la brecha en educación. Sin embargo, a pesar de las notables mejoras, los avances con respecto a la educación secundaria constituyen, al parecer, un reto más difícil de enfrentar.

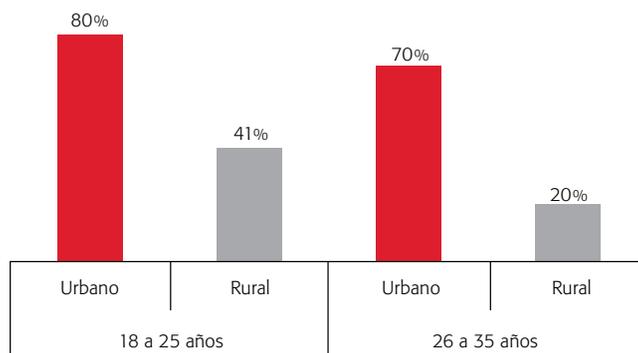
Uno de los campos en los que encontramos mayores avances es en los años estudiados. Vemos en el Gráfico 2 que por cada año que estudian los hombres, las mujeres, básicamente, estudian también un año. Llama la atención, sin embargo, que por un lado, sólo 41 por ciento de las mujeres rurales entre 18 y 25 años indica tener la secundaria completa, mientras que el dato correspondiente a los hombres de las mismas edades es de 52 por ciento. Esto contrasta con el hecho que las mujeres estén estudiando, en términos de años, igual que los hombres. Es frecuente que las mujeres rurales se matriculen en la escuela, no obstante muchas veces no completan el año o no pasan los exámenes, sobre todo en las mayores, algunas porque su familia ya no tiene dinero para enviarla a la escuela, porque consiguen un trabajo fuera o porque empiezan a convivir. Además, un discurso frecuente de las jóvenes que dejaron los estudios a la mitad, y al parecer por voluntad propia, es que los estudios “no eran para ellas”. Muchas veces estas jóvenes ante la posibilidad de tener un empleo y con ello algunos ingresos inmediatos, dejan de ver en la educación una forma de salir adelante. Otras, encuentran en el matrimonio o en la convivencia, la misma utilidad práctica. No obstante, se trata de un comentario cargado de un poco de arrepentimiento – y es desde ahí también donde toma fuerza el discurso en favor de que sus hijas terminen la escuela.

GRÁFICO 2
Brecha geográfica y de género
Años estudiados, según grupos de edad de mujeres y lugar de residencia



No obstante los avances, hay brechas que persisten, sobre todo, en referencia al logro educativo. En el Gráfico 3 podemos ver una amplia brecha entre las mujeres jóvenes urbanas y las rurales: en ambos grupos de edad, la proporción de mujeres urbanas con educación secundaria completa es significativamente mayor, más del doble.

— GRÁFICO 3 —
Brecha geográfica y educación secundaria completa
Porcentaje de mujeres con secundaria completa, según grupos de edad



La brecha, sin embargo, se cierra en el grupo más joven. Sin duda, las más jóvenes han tenido y tienen más acceso a la educación. Tenemos entonces que a pesar de que las brechas siguen siendo significativas, el panorama no es del todo desalentador pues en diez años el número de mujeres rurales que termina secundaria se ha duplicado.

Ahora, pensamos que los avances en educación no tienen que ver únicamente con los esfuerzos del Estado por ampliar la cobertura y el acceso a la educación. Hemos encontrado que los discursos y las prácticas en torno a la educación juegan un rol importante también. Con respecto a la relación entre género y educación encontramos algunos cambios importantes en el último tiempo. Diagnósticos anteriores (MIMDES 2010) han identificado que es frecuente en el mundo rural que los padres desestimen la asistencia a la escuela de las hijas, porque existe un costo de oportunidad en lo referido al desarrollo de labores domésticas y apoyo en labores productivas, práctica que refleja patrones socioculturales que privilegian la inversión en la educación de los hombres. No obstante, el trabajo de campo indica que esto sucede con menos frecuencia de lo que pensábamos. Los datos cuantitativos muestran que, en promedio las mujeres asisten más años que los hombres a la escuela, aunque luego esto no se traduzca en un nivel de logro educativo equivalente (Asensio 2012). Muchas veces los

padres, por razones económicas, envían a sus hijos sólo hasta que hayan aprendido lo básico, para que luego los menores también puedan asistir, aunque sea por unos años. La persistencia de una percepción generalizada en la comunidad del desarrollo y en los propios habitantes del mundo rural, respecto a que las mujeres estudian menos tiempo que los hombres, puede ser el reflejo de estamos ante un importante proceso de cambio en el mundo rural. Las prácticas cambian más rápido y en periodos de tiempo más bien cortos, que las percepciones y los discursos que resultan de ellas.

Hemos visto, entonces, que las brechas en educación persisten; sin embargo queda claro que van disminuyendo mientras menores son las jóvenes. Si bien ha habido muchos esfuerzos por parte del Estado durante las últimas décadas para ampliar el acceso y la asistencia a la escuela, hay también un fuerte discurso de las madres de las jóvenes rurales, y de las jóvenes mismas, según el cual la educación no es sólo fuente de progreso sino que les permitirá una mejor calidad de vida, "ser alguien en la vida". Les brindará mejores oportunidades laborales y les permitirá conocer y ejercer sus derechos como ciudadanas. Entonces, el mito de la educación, la idea de que la educación es fundamental para alcanzar el progreso (Portocarrero y Valcárcel 1995), continúa vigente en el imaginario de las mujeres rurales.

Un ejemplo de la fuerza con que este mito se introduce en los discursos de la población es que las mujeres rurales jóvenes y sus madres de ambas localidades donde realizamos el trabajo de campo, afirmaban que existe una ley que indica que quien desee acceder a algún trabajo ofrecido por instituciones públicas, desde barrenderos hasta trabajadores de construcción, debe haber completado la secundaria. Este tipo de ideas o creencias forman parte del mito de la educación. Se trata de un discurso interiorizado por las mujeres que les hace valorar más la educación secundaria.

Este discurso revela también una narrativa de superación intergeneracional muy arraigada. Las madres jóvenes otorgan gran importancia a la educación en la medida en que ésta les permitirá a las niñas y jóvenes «tener más mundo» y tomar mejores decisiones de vida, como casarse o tener hijos, luego de haber terminado sus estudios y conseguido un empleo estable, a diferencia de ellas. Refleja, al mismo tiempo, que han tomado conciencia de la situación de exclusión, o en todo caso de desventaja, en la que se encuentran, pero también saben que hoy existen mayores oportunidades para revertir esta realidad, y que una muy importante es la educación.

Además, los datos cualitativos parecen indicar que las familias y las mismas jóvenes están dispuestas a priorizar el gasto en educación. Así, muchas jóvenes migran a la ciudad o a zonas más dinámicas durante las vacaciones de verano, para trabajar y juntar dinero para sus útiles escolares. Hay veces, incluso, que trabajan a cambio de los mismos útiles. También es frecuente que los hermanos mayores, sean hombres

o mujeres, y a pesar de no haber tenido la misma oportunidad, ayuden a pagar la educación de sus hermanos menores. Finalmente, una de las motivaciones para que las madres rurales emprendan una iniciativa laboral o busquen empleo es poder asegurarles una educación a sus hijos.

2.2. Estado civil

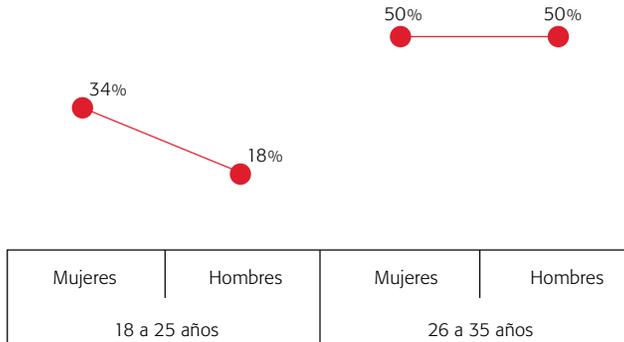
Con relación al estado civil de las mujeres rurales jóvenes encontramos una marcada diferencia entre las zonas urbanas y las zonas rurales, en particular en cuanto a la convivencia. Por lo general, una mayor proporción de jóvenes rurales convive en relación a sus pares urbanas. Las mujeres rurales tienden a preferir la convivencia por razones prácticas, pues casarse suele ser demasiado caro y prefieren destinar el dinero a otras cosas, como alimentación, mejorar o construir una vivienda, educar a los hijos. No obstante,, si bien en la práctica, convivir o estar casados es lo mismo, muchas mujeres esperan algún día poder casarse. Ellas piensan que al estar casadas tendrán más legitimidad e incluso autoridad frente a su pareja.

En la misma línea, la diferencia en el estilo de vida de las mujeres rurales jóvenes y las urbanas se refleja en la proporción de mujeres solteras: en las zonas urbanas el porcentaje de mujeres jóvenes solteras es mayor que en las zonas rurales. Lo mismo ocurre al analizar la brecha de género. Las mujeres rurales jóvenes, como lo confirma el siguiente gráfico, tienden a formar una familia bastante antes sus pares hombres.

16

GRÁFICO 4

Brecha de género y convivencia en áreas rurales Porcentaje de convivientes, según género y grupos de edad de jóvenes rurales



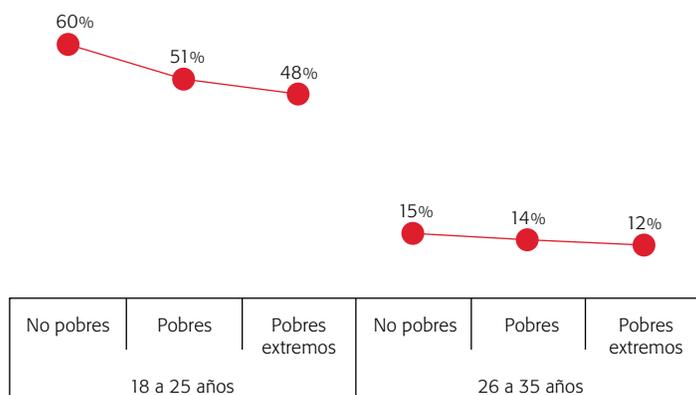
Fuente: ENAHO 2010 | Elaboración propia

Cuando examinamos la brecha de pobreza utilizando las categorías empleadas en la ENAHO: “no pobres”, “pobres” y “pobres extremos”³, encontramos que las mujeres rurales jóvenes forman familias antes que las no pobres. Así, como podemos ver en el Gráfico 5, entre las jóvenes de 18 a 25 años, tenemos que a más pobreza, mayor proporción de mujeres rurales casadas y convivientes. Esto ocurre también para las mujeres de entre 26 a 35 años.

GRÁFICO 5

Brecha de pobreza y soltería en áreas rurales

Porcentaje de mujeres solteras, según grupos de edad y condición de pobreza



Fuente: ENAHO 2010 | Elaboración propia

Como veremos más adelante, mientras más pobres las jóvenes rurales, menos posibilidades tienen de continuar estudios superiores, incluso de terminar la secundaria. Así, el paso siguiente esperado —por ellas y por su entorno— es formar su propio hogar, ya sea conviviendo o se casadas. Tenemos, entonces que, a mayor pobreza y menores oportunidades de estudiar, más posibilidades de formar un nuevo hogar. Además, formar un nuevo hogar implica en la mayoría de los casos, bajar de estatus económico. La mayoría de veces los jóvenes no tienen suficiente capital para construir, comprar o alquilar su propia vivienda. Entonces, es costumbre que se instalen en casa de los padres del esposo o enamorado, hasta que hayan juntado un poco de dinero para vivir solos. Una vez que reúnen este dinero, no obstante, la vivienda la van implementando poco a poco, a través de los años, pues han empezado por lo general de cero y es poco frecuente que reciban ayuda de los padres.

3 Estas categorías se construyen sobre la base de los cálculos de las líneas de pobreza.

Como hemos visto, existe también un fuerte contraste entre el estilo de vida de las mujeres jóvenes rurales y las urbanas, quienes al parecer postergan la decisión de formar una familia, mientras que en el caso de las mujeres rurales sucede lo contrario. A partir de los testimonios recogidos identificamos que un momento crítico en la vida de las mujeres jóvenes rurales es entre los 18 y 22 años, edad en la que suelen formar un hogar. Un primer tema que debemos tomar en cuenta es que la convivencia no suele ser, en la mayoría de los casos, una iniciativa ni una decisión de las mujeres, sino sobre todo de sus parejas. Tampoco es una decisión consecuencia de un embarazo. De las mujeres casadas o convivientes entrevistadas, si bien muchas eran madres, la mayoría había tenido a sus hijos al menos un tiempo después de haberse casado o de empezar a convivir.

En muchos casos, comenzar la convivencia constituye un evento traumático para las jóvenes rurales. Por lo general son ellas quienes se separan de sus familias, para mudarse al hogar de los padres de la pareja, pues no tienen aún el dinero suficiente para construir, comprar o alquilar una vivienda. Ahí, ven su espacio vital restringido y, con ello, su privacidad. Además, por lo general, no tienen ningún poder de decisión u opinión, pues es la madre de la pareja quien dirige el hogar.

18

Como hemos mencionado, cuando comienzan a convivir, las mujeres rurales jóvenes dejan sus estudios o trabajos fuera del hogar, en un primer momento, para ayudar en casa de su familia política, y en otros casos para ocuparse de sus propios hogares e hijos. Hay casos, además, en que los esposos no permiten que continúen trabajando. De esta manera, las mujeres rurales jóvenes empiezan también una vida bastante solitaria, interactúan poco o nada con sus pares, sea por el control que ejercen sus parejas sobre ellas o por la fuerte carga de actividades que tienen.

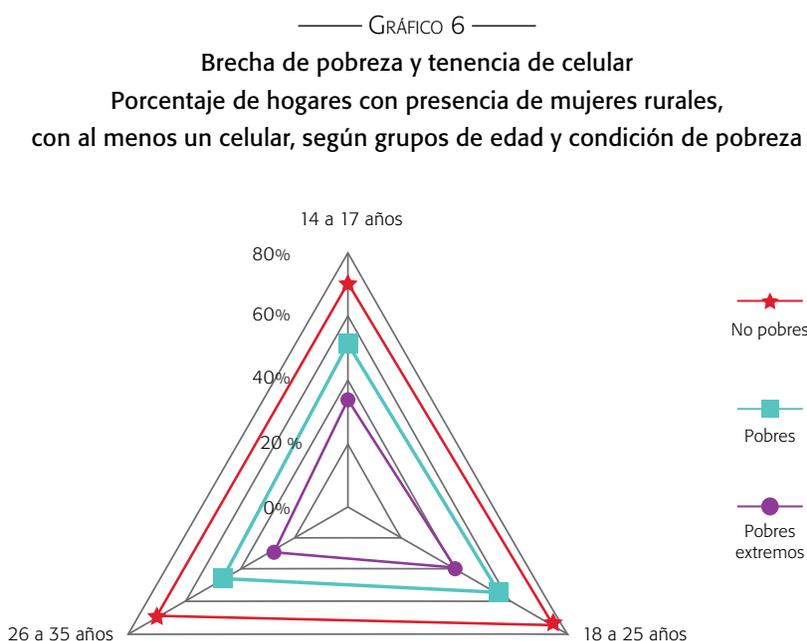
Se trata, entonces, de un punto de quiebre en la vida de este colectivo, no sólo por lo que ello implica en sus dinámicas cotidianas, sino porque es ahí donde se abre la brecha geográfica y se cierra la generacional en cuanto a educación, como veremos más adelante.

2.3. Tecnologías de la información y la comunicación

TIC como paradigma de desarrollo, abren la posibilidad de incrementar de manera significativa el capital social de las personas. En esta sección analizaremos dos aspectos: el acceso y el uso de telefonía celular y el uso de Internet por parte de las mujeres rurales jóvenes. Veremos que estas tecnologías muestran viejas y nuevas brechas, cuyo impacto sobre la vida de las mujeres jóvenes abarca, tanto el aspecto económico, como sus estrategias de sociabilidad.

En cuanto a la tenencia de teléfonos celulares en los hogares de las mujeres jóvenes, encontramos una clara brecha según el ámbito de residencia en los tres grupos de edad. Esta es mayor entre las de más edad: 89 por ciento de las mujeres jóvenes urbanas dispone de al menos un celular en su hogar, frente a 52 por ciento de sus pares rurales.

La brecha de pobreza es también notable. El Gráfico 6 muestra que un alto porcentaje, cerca de ochenta por ciento, de mujeres rurales jóvenes no pobres cuenta al menos con un celular en el hogar, porcentajes que se reducen considerablemente mientras mayor es la pobreza.



Fuente: ENAHO 2010 | Elaboración propia

Vale resaltar que los datos que acá se presentan no se encuentran a nivel de hogar y no de individuos. No obstante, a partir del estudio cualitativo, tenemos una idea más clara de para qué usan las mujeres rurales jóvenes los celulares. Como en el caso de la tenencia de celulares, los niveles de pobreza tienen un efecto sobre su tipo uso. En la localidad más pobre, los hombres utilizan más el celular, principalmente como herramienta trabajo: para ser contactados cuando haya una oferta de trabajo. Los hogares no suelen tener teléfonos fijos, por lo que el celular es la única una posibilidad de contacto. Además, en el caso de las mujeres, el valor y uso del celular

está en que les permite mantenerse comunicadas con sus familiares que viven lejos, a quienes no visitan con frecuencia.

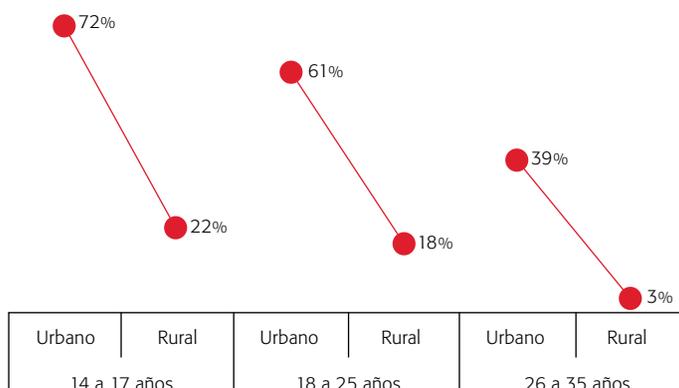
En la localidad menos pobre, Andaray, la mayoría de mujeres de todos los grupos de edad, sobre todo las más jóvenes, posee un celular. Además, ellas afirman que las mujeres utilizan el celular más que los hombres. Sin embargo, encontramos diferencias respecto al tipo de uso que hacen del teléfono según las edades. Para las mayores el celular es una herramienta de trabajo. Les permite comunicarse y coordinar con empleadores o intermediarios. Además, y esto sucede en todos los grupos de edades, el celular permite a las mujeres conservar sus relaciones familiares, sea con los hijos que están estudiando en la ciudad, padres que viven lejos, u otros familiares. Se trata de un uso al que las mujeres, sobre todo las mayores, le dan gran valor. La posibilidad de contactarse con familiares en cualquier momento es para ellas una tranquilidad, y al mismo tiempo, las hace sentirse menos solas. Por su lado, las hijas que viven lejos valoran mucho la comunicación con sus padres. Muchas cuentan que se compraron un celular con sus primeros sueldos, sobre todo para comunicarse con que sus padres, también con sus amigas y, aunque muy pocas lo admiten, con sus enamorados.

Esta posibilidad de contacto regular con los familiares tiene también una contracara negativa. Al margen de que las hijas vivan lejos o fuera de casa, el celular es importante para los padres les permite comunicarse y ubicar permanente a sus hijas. Es así una forma de control. Hay padres que afirman que sus hijas sólo utilizan el celular en su presencia, así ellos pueden saber con quiénes hablan y sobre qué. A pesar de las reglas de sus padres, las más jóvenes encuentran en el celular un espacio de libertad, sobre todo si tomamos en cuenta que en muchos hogares rurales las «habitaciones» no tienen puerta, ni están separadas por paredes propiamente dichas. Por otro lado, los mensajes de texto, además de ser más baratos, son más privados. Los celulares son pues «dispositivos personales», cuyas funciones extra, como la música y las fotos, son clave. Para ellas, esta tecnología no sólo satisface sus necesidades de comunicación sino que abre posibilidades para afianzar su sentido de pertenencia a un grupo, y para construir un espacio de privacidad.

En el Gráfico 7, encontramos una marcada brecha geográfica y generacional con relación al uso de Internet. Una de las principales razones por la que esto sucede es que los jóvenes rurales acceden por primera vez y aprenden a usar Internet en la escuela. De esta manera, la mayor asistencia a la escuela, por un lado, y que las escuelas cuenten cada vez más con Internet o las llamadas aulas virtuales, hace que la cantidad de estudiantes más jóvenes que utilizan Internet aumente.

GRÁFICO 7

Brecha geográfica y uso de Internet
Porcentaje de mujeres que accedió al menos una vez en el último mes, según grupos de edad



Fuente: ENAHO 2010 | Elaboración propia

Las jóvenes que no saben usar Internet muestran poco interés o no le encuentran mayor importancia o utilidad práctica. Sin embargo, debemos mencionar que hay casos en que por necesidad las mujeres han tenido que aprender a usarlo. Esto sucede con algunas mujeres cuyos hijos deben realizar sus deberes escolares utilizando Internet. Entonces para ayudarlos, estas madres jóvenes han entrado en contacto y están aprendiendo a usarlo, poco a poco, y con ayuda de sus hijos.

La brecha de género es menos pronunciada y, una vez más, se reduce mientras menor es la edad. Encontramos que para utilizar este servicio, los jóvenes deben ir a una cabina pública, que no siempre está ubicada en su misma localidad. Para las jóvenes, esta es una limitación pues suelen recibir menos permisos que sus pares hombres para movilizarse. Además, por lo general, son las jóvenes quienes tienen una mayor carga laboral en el hogar, lo que les deja menos tiempo de ocio para acceder a Internet. Con relación al grupo de edad más joven, en el que la brecha de uso de Internet es menor, el estudio cualitativo nos permite ver que las diferencias se encuentran, más bien, en el tipo de uso que los y las jóvenes hacen de este servicio.

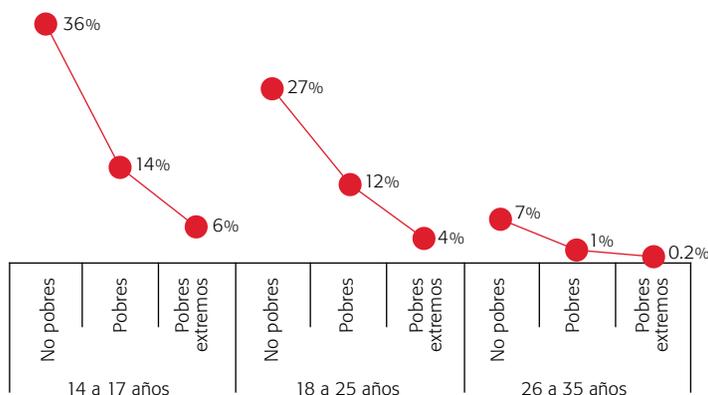
Las mujeres rurales jóvenes afirman que no utilizan internet para chatear. No le ven el sentido, pues conversan cuando se ven en el colegio o en sus tiempos libres. Sin embargo, sí lo usan para escuchar música, hacer sus deberes escolares y, en algunos casos, revisar su correo electrónico o usar las redes sociales. Entonces, si bien hay usos diferenciados entre los y las jóvenes con respecto a Internet, no es que las jóvenes no lo usen como entretenimiento, sino que el discurso que articulan en torno

a él pasa todavía más por la escuela, en la medida que es con ese pretexto que sus padres les dan permiso y el dinero para acceder a las cabinas públicas — sin que ello signifique que no hagan deberes escolares utilizando la web.

Hay también una brecha de pobreza, que como en los casos anteriores es menor entre las generaciones más jóvenes (Ver Gráfico 8). Las jóvenes no pobres entre 14 y 17 años usan casi tres veces más Internet que sus pares pobres, y seis veces más que las pobres extremo. En el siguiente grupo de edad, hay una diferencia del doble con respecto a los pobres y multiplica por siete el uso de los pobres extremos.

GRÁFICO 8

Brecha de pobreza y uso de Internet
Porcentaje de mujeres que accedió al menos una vez en el último mes, según grupos de edad y condición de pobreza



Fuente: ENAHO 2010 | Elaboración propia

A luz de estos resultados tenemos que los avances en el acceso y uso de Internet son aún insuficientes, y que si bien el Perú se encuentra sobre el promedio del uso de este servicio a nivel de Latinoamérica, esta tecnología no alcanza ni incluye todavía a grupos vulnerables como las mujeres rurales pobres.

2.4. Estrategias de vida

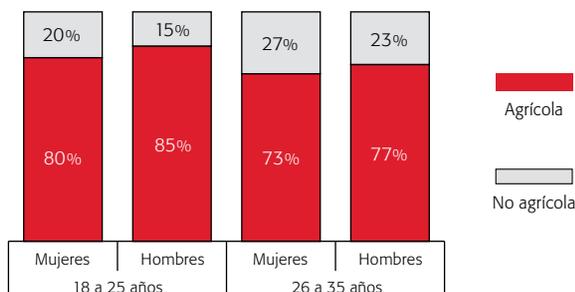
Con relación a los datos cuantitativos, en esta sección sobre las estrategias de vida nos referiremos a las fuentes de ingresos de las mujeres rurales jóvenes, distinguiendo entre fuentes agrícolas y no agrícolas, así como la relación de dependencia y no dependencia.

Encontramos una brecha geográfica para los ingresos no agrícolas, al distinguir entre fuentes dependientes e independientes. También, como vemos en el Gráfico 9, existe una brecha de género para los ingresos independientes y totales, donde para

los hombres prima lo agrícola. Identificamos además una brecha de género para los ingresos dependientes: por lo general, las más jóvenes, a diferencia de los hombres, obtienen esta clase de ingresos de fuente no agrícola. Finalmente, hay una importante brecha de pobreza: los ingresos totales de las mujeres jóvenes rurales son mayoritariamente agrícolas cuando viven en pobreza extrema. Estos datos se recogen en los Gráficos 9 y 10 siguen la línea de estudios previos, que indican que los hogares más pobres dependen casi exclusivamente de la actividad agropecuaria, por lo que son más vulnerables ante desastres naturales (Trivelli, Escobal y Revesz 2009, Escobal, Ponce y Asensio 2011, Asensio y Trivelli 2011).

GRÁFICO 9

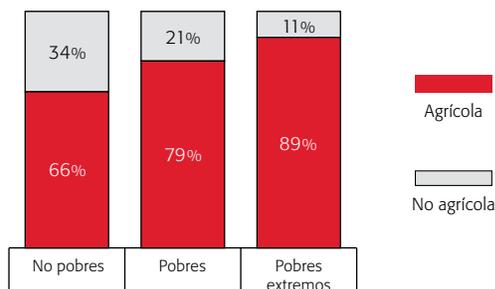
Brecha de género e ingreso total de mujeres rurales jóvenes
Porcentaje sobre el total de los ingresos, según fuente, género y grupos de edad



Fuente: ENAHO 2010 | Elaboración propia

GRÁFICO 10

Brecha de pobreza e ingreso total de mujeres rurales jóvenes
Porcentaje sobre el total de los ingresos para el grupo de 26 a 35 años, según fuente y condición de pobreza

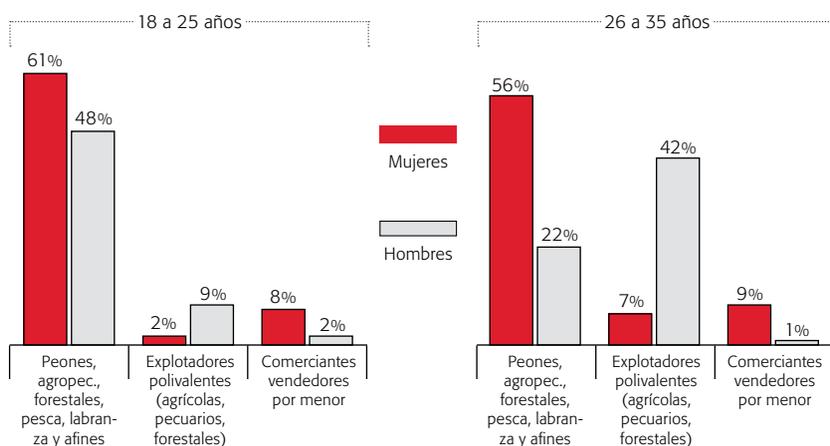


Fuente: ENAHO 2010 | Elaboración propia

Al analizar las ocupaciones y la condición de ocupación, encontramos indicios de un proceso de independencia por parte de los hombres, que sin embargo es casi inexistente para las mujeres. Pensamos que ello refleja los usos y costumbres respecto al acceso a los activos clave para la economía rural (fundamentalmente la tierra) en las zonas rurales, tema al que volveremos más adelante. El Gráfico 11 muestra que gran parte de las mujeres en ambos grupos de edad son peones. Entre los hombres, en cambio, encontramos una marcada diferencia según edades: los menores suelen ser peones, mientras que los mayores pasan a ser explotadores polivalentes. Sea que posean o alquilen tierras, los hombres de 26 a 35 años son responsables de y explotan directamente la tierra, frente a las mujeres que quedan solo como peones.

— GRÁFICO 11 —

Ocupaciones principales de jóvenes rurales
Principales categorías por grupo de edad y género



Fuente: ENAHO 2010 | Elaboración propia

Las mujeres más jóvenes, sobre todo las solteras, suelen trabajar por temporadas en distintas actividades, según las posibilidades de los territorios donde habiten (fábricas, grandes campos de cultivo, micro comercialización). Por otro lado, en los últimos tiempos, ha aumentado la cantidad de mujeres que consigue trabajo, también eventuales, como obreras, sobre todo cuando las municipalidades u otras instituciones del sector público realizan obras de saneamiento o de infraestructura urbana.

A pesar de estas oportunidades de empleos eventuales, el acceso al control de la tierra sigue siendo un tema fundamental para mejorar las condiciones de vida de

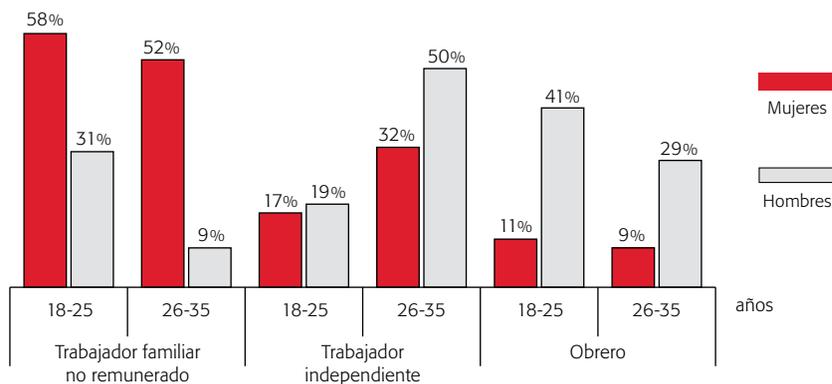
las mujeres rurales, para promover el empoderamiento económico y así fomentar la igualdad de género. En los últimos años, esta centralidad se ha reforzado en relación con cuestiones como la seguridad alimentaria y el manejo sostenible de los recursos naturales. Los derechos a la tierra son importante porque una suerte de “acceso económico” a mercados claves, y brindan “acceso social” a instituciones distintas al mercado, como instancias del gobierno a nivel de comunidad (ILC-IFAD 2009).

Por otro lado, consideramos importante detenernos en el tema de las trabajadoras familiares no remuneradas y la economía del hogar. En el Gráfico 12, queda claro que todo lo relacionado con la economía del suele hogar ser responsabilidad de las mujeres, sin importar la edad. Las economías rurales son viables en muchos casos porque están subvencionadas por el trabajo familiar no remunerado que realizan las mujeres. Este sesgo de género en la economía del hogar, se traduce también en la asignación de los recursos propios. Incluso cuando aún son solteras las mujeres destinan gran parte de sus salarios de trabajos estacionales a los gastos del hogar hogares, dejando sólo una parte pequeña para sus gastos personales.

Es importante agregar que cuando hablamos de que se trata de actividades poco reconocidas, no nos referimos solamente a que no son reconocidas por terceros, sino por las mismas mujeres. Encontramos así que ellas tienden a desvalorizar su papel en la sostenibilidad de la economía rural, señalando de manera reiterada que su mayor aspiración es “trabajar”. Sienten que sólo serán reconocidas como miembros valiosos para sus hogares cuando lleven un salario a casa. Afirman que así tendrán más legitimidad y serán más respetadas por los otros miembros del hogar.

— GRÁFICO 12 —

Condición de actividad principal de los y las jóvenes rurales
Principales categorías por grupo de edad y género



Fuente: ENAHO 2010 | Elaboración propia

La categoría de trabajador familiar no remunerado está asociada a la llamada “economía del cuidado”, es decir, “las actividades que se realizan y las relaciones que se entablan para satisfacer las necesidades materiales y emocionales de niños y adultos dependientes” (Esquivel 2011). Podemos decir, entonces, que el cuidado sigue “feminizado” en las zonas rurales del Perú. Las mujeres, desde muy jóvenes, realizan trabajos en el hogar: cocinan, lavan y cuidan a sus hermanos menores. Son actividades que realizarán a lo largo de sus vidas, al margen de cualquier otra actividad que desarrollen. Así, es frecuente que las niñas, antes de ir al colegio e incluso a los institutos o universidades, preparen el desayuno o laven la ropa, y que por las tardes, cuiden a sus hermanos menores. Lo mismo ocurre en sus propios hogares. Cuando comienzan a convivir, dejan relegar las actividades fuera del hogar. Es bastante común que las mujeres, cuando recién comienzan a convivir con sus parejas, lo hagan en casa de los suegros, donde deben también dedicarse al hogar, a ayudar a sus suegras y cuñadas.

Sin embargo, muchas veces más adelante en sus vidas las mujeres empiezan a buscar empleos remunerados. Buscan contribuir monetariamente a la economía del hogar, por un lado, y tener un ingreso propio, por otro. Estos ingresos les permiten cubrir gastos, cuando sus parejas no tienen empleo, o mejorar su nivel de consumo. También, como hemos visto, una de las motivaciones más importantes para que ellas realicen estos trabajos es darles educación a sus hijos. Otra motivación bastante significativa es sentirse reconocidas al aportar monetariamente al hogar.

26

No obstante, se trata de trabajos o emprendimientos adicionales a los quehaceres del hogar, de actividades independientes que pueden realizar en casa, con un horario flexible o mientras los niños van a la escuela. Así una de las mejores alternativas para ellas es abrir algún negocio pequeño. En Andaray, por ejemplo, muchas mujeres fabrican queso, tienen una bodega o una pensión en sus casas. En Nuevo Pedregal, en cambio, algunas se dedican a preparar chicha y otras a tejer artesanías con paja.

Las jóvenes entrevistadas durante el trabajo de campo cualitativo suelen ir después de la escuela, los fines de semana y durante las vacaciones, a trabajar en las tierras de sus familias. Otras veces, cuando el trabajo agrícola es remunerado por avance, sobre todo durante las cosechas, las jóvenes van con sus padres a las chacras, para realizar mayor trabajo, y, por lo tanto, conseguir mayores ingresos para el hogar. En ambos casos, las jóvenes contribuyen a la economía familiar, mas no reciben ningún ingreso monetario directo.

Como hemos visto en la parte sobre educación, algunas mujeres van desde muy jóvenes, durante las vacaciones de verano a trabajar fuera de casa, sea cambio de un sueldo o de bienes materiales como útiles escolares. Cuando les pagan en efectivo, las mujeres guardan un poco para sus gastos diarios y materiales para la escuela. El resto se lo entregan sus padres, para contribuir con la economía de sus hogares.

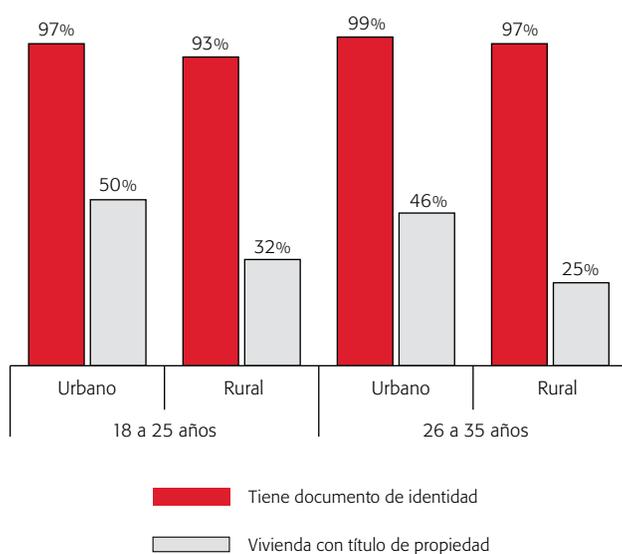
2.5. Relación con el Estado

Nuevas Trenzas considera importante tomar en cuenta la relación de las mujeres rurales con el Estado, en la medida en que estos nexos aumentan la competencia práctica de las mujeres rurales jóvenes. En concreto analizamos dos variables: la tenencia de documento nacional de identidad (DNI) y la existencia de título de propiedad en las viviendas que habitan las mujeres rurales jóvenes.

Encontramos una brecha geográfica muy pequeña en la tenencia de DNI. Esto es consistente con el proyecto de identidad “Inclusión social: Identidad y ciudadanía”, desarrollado desde 2008, por la Defensoría del Pueblo y el Registro Nacional de Identificación y Estado Civil (RENIEC). En cambio, con relación al título de propiedad, sí existe una brecha geográfica. Por otra parte, no encontramos mayor diferencia en la brecha de género ni en la de pobreza.

— GRÁFICO 13 —

Brecha geográfica y vínculos con el Estado de mujeres jóvenes Vínculos según grupos de edad y lugar de residencia



Fuente: ENAHO 2010 | Elaboración propia

Como en el caso de la tenencia del DNI, los resultados con relación a los títulos de propiedad están directamente vinculados con las acciones del Estado. Ejemplo de ello es la existencia de COFOPRI (Organismo de Formalización de la Propiedad Informal),

cuyo objetivo es facilitar a los peruanos, tanto en zonas urbanas como rurales, el acceso a una vivienda adecuada, mediante el desarrollo de acciones normativas y de gestión⁴.

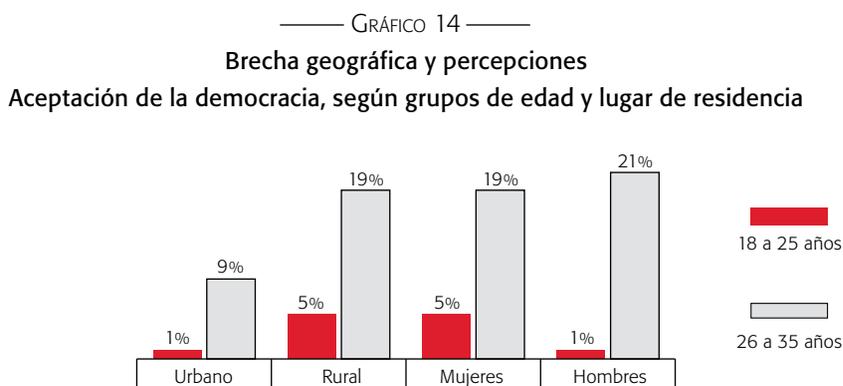
Por último, por medio del trabajo cualitativo podemos observar de qué otras maneras se vincula este colectivo con el Estado. Los gobiernos locales juegan un rol importante en la vida de los pobladores rurales, en la medida en que a través de ellos o con su ayuda que pueden gestionar electricidad, agua, e incluso Internet, entre otros servicios. Pero, para las mujeres, cobra especial importancia, pues las municipalidades las convocan para realizar trabajos eventuales, algo que ellas valoran mucho. Por otro lado, para las jóvenes con estudios superiores técnicos o universitarios, es también una fuente de trabajo, pues las suelen contratar para puestos administrativos.

2.6. Percepciones y expectativas

Esta sección toma en cuenta las siguientes variables: la auto-percepción de “pobre” de la persona y la percepción de que un gobierno democrático es siempre preferible. Sobre la auto-percepción de pobre, demos aclarar que corresponde al hogar y lo contesta la mujer que es jefe o cónyuge solamente. Por otro lado, desde el punto de vista cualitativo, contamos también con las percepciones de las mujeres expresadas durante los grupos focales y las entrevistas en profundidad.

28

Con respecto a la percepción de pobreza, encontramos una marcada brecha geográfica: el porcentaje de mujeres que se considera pobres siempre es mayor en el ámbito rural, y es más marcada esta brecha entre las jóvenes de 26 a 35 años.



Fuente: ENAHO 2010 | Elaboración propia

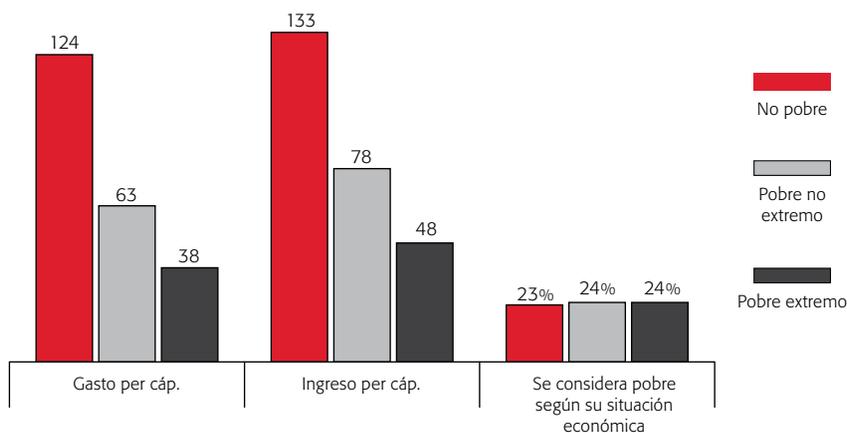
4 Por ejemplo, ver los datos de Títulos de propiedad predial rural inscritos; acumulado entre 2008 y 2010: 150.546 títulos de propiedad predial, representando un avance del 57 por ciento en relación a la meta establecida 262,667 títulos inscritos. Mayor información en: <http://www.cofopri.gob.pe/pdf/PEI2008-2011EVAAL2010.pdf>.

Consideramos importante resaltar que solo el 5 por ciento de las mujeres entre 18 y 25 años se considera pobre según su situación económica. Estos datos contrastan fuertemente con los índices de pobreza rural del país. Entre las mujeres cónyuges o jefes de hogar más jóvenes no identificamos un patrón diferenciado con relación a la auto-percepción de ser pobre. Por otro lado, entre las mayores encontramos que, como es lógico, a mayor pobreza mayor es el porcentaje de mujeres que se considera pobre, de 25 por ciento para las no pobres a 31 por ciento para las pobres extremas. No obstante, estas cifras siguen siendo mucho más bajas que los índices de pobreza rural.

Con relación al grupo entre 18 y 25 años, es interesante notar que, en medidas objetivas, sí hay diferencias, como se observa con los ingresos, USD 133, USD 78 y USD 48 para los no pobres, pobres no extremos y pobres extremos, respectivamente. Sin embargo, en las medidas subjetivas no encontramos diferencias, como vemos en el Gráfico 15⁵.

— GRÁFICO 15 —

**Brecha de pobreza y medidas objetivas y subjetivas de pobreza.
Comparación para el grupo de edad 18 a 25 años,
según condición de pobreza objetiva**



Fuente: ENAHO 2010 | Elaboración propia

5 Sobre este tema, ver la discusión de Ravallion (2012) sobre los pros y contras de la medición de la pobreza con variables subjetivas y objetivas.

Las mujeres entrevistadas hablan de carencias y de una vida sacrificada y vulnerable, mas no se suelen auto calificar como pobres. Encontramos que en Nuevo Pedregal, la localidad más pobre, las mujeres no se describen a sí mismas como “pobres”, a pesar de que mencionan las limitaciones que tienen, como falta de servicios, dinero para la educación de sus hijos, entre otras. Además, todas sienten que en algún momento han estado peor, y que poco a poco han ido mejorando. En Andaray, en cambio, una localidad menos pobre, las mujeres también hablan de vidas sacrificadas y de ciertas limitaciones, pero no de carencias vitales. Además, en este caso el municipio juega un rol importante en el bienestar de la familia, asegurándoles el acceso a ciertos servicios y bienes.

Se trata por lo general de mujeres que han salido de hogares bastante más pobres, o, como en el caso de aquellas que recién forman su hogar, piensan que es una fase por la que tienen que pasar todas –empezar desde cero– y que con el tiempo van a salir adelante.

Durante en el trabajo de campo, encontramos también que la percepción de tener vidas sacrificadas no solo tiene que ver con lo material. Las mujeres rurales jóvenes, sobre todo aquellas en edad escolar que aún no trabajan, encuentran que sus días son mucho más activos que sus pares hombres, y que tienen menos tiempo de ocio. Las jóvenes escolares rurales, pues, además de ir a la escuela deben ayudar a sus madres con los quehaceres del hogar, sea cocinar, lavar, cuidar de los hermanos menores, entre otras tareas. Y esto es algo que las madres rurales no suelen exigir de sus hijos hombres.

En el caso de las mujeres rurales jóvenes que ya trabajan, la percepción sobre sus pares hombres cambia un poco. Ellas afirman, igual, que sus días son “cansadores” y con muchos quehaceres. No obstante matizan más sus percepciones. Reconocen que sus pares hombres también tienen días duros, quizás hasta más duros que los de ellas, pues salen a trabajar desde muy temprano y las actividades que realizan suelen ser bastante exigentes, físicamente hablando. No obstante, pensamos que esto va más allá de la exigencia física de los trabajos de los hombres. En este punto encontramos, una vez más, que las mujeres rurales jóvenes le dan mayor legitimidad al trabajo que realizan los hombres, en la medida en que es, primero, remunerado, y, segundo, fuera del hogar. Uno de los hallazgos más fuertes es que ellas desvalorizan su trabajo y justifican su mayor carga laboral y el no exigir ayuda de sus parejas, quienes regresarían cansados y necesitarían descansar.

Como en el caso de la autopercepción de ser pobres, existe una importante brecha geográfica respecto a la percepción de que un gobierno democrático sea siempre preferible: en las zonas urbanas, el porcentaje de mujeres con dicha opinión es mayor

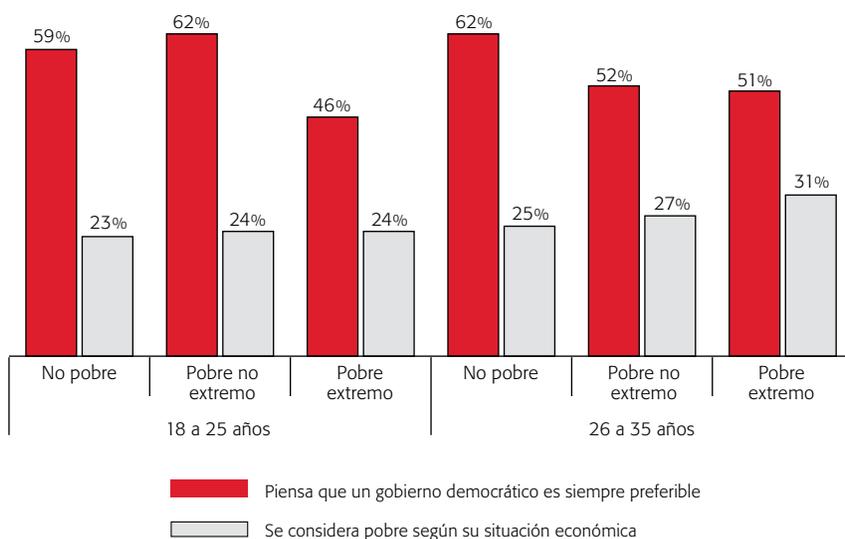
que en. Entre las jóvenes menores, 47 por ciento prefiere un gobierno democrático, mientras que entre los hombres la cifra es ligeramente menor. Entre los jóvenes mayores, sin embargo, la tendencia se invierte.

Con respecto a la brecha de pobreza, no encontramos entre los más jóvenes un patrón claro en cuanto a la percepción sobre la democracia, no obstante observamos que menos mujeres que son jefe o cónyuge se encuentran en la categoría de pobre extremo. Por otro lado, para el conjunto entre 26 y 35 años, queda claro que a mayor pobreza, menor el porcentaje de mujeres rurales jefes o cónyuges que prefiere un gobierno democrático es preferible.

GRÁFICO 16

Brecha de pobreza y percepciones

Aceptación de la democracia y percepción de pobreza entre mujeres rurales jóvenes jefes o cónyuges, según grupos de edad y condición de pobreza

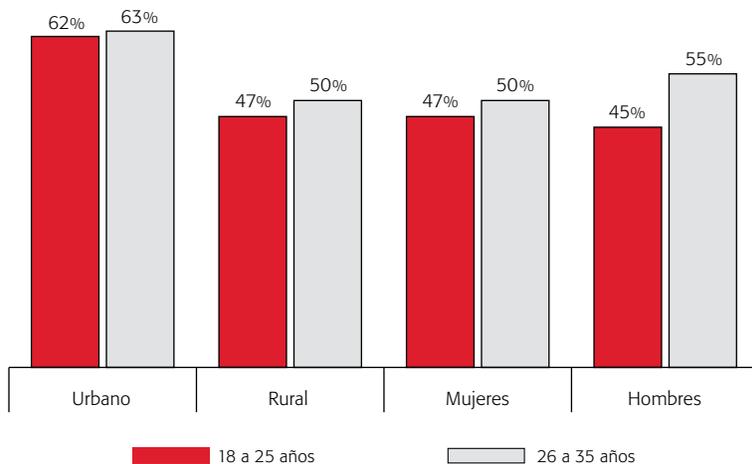


Fuente: ENAHO 2010 | Elaboración propia

Encontramos entonces una brecha geográfica en cuanto a la percepción en favor de la democracia, dado que los porcentajes son mayores para las zonas urbanas. Igualmente, la diferencia en lo geográfico se manifiesta en la percepción de “pobre”, siendo los porcentajes más altos en el ámbito rural. Sin embargo, llama la atención que la autopercepción de pobreza sea tan baja tanto en el caso de los hombres como de las mujeres, a pesar de que ellas expresan un discurso de insatisfacción e incluso satisfacción respecto de la vida que llevan.

— GRÁFICO 17 —

Brecha geográfica y de género
Percepciones de mujeres y hombres rurales jóvenes, según grupos de edad



Fuente: ENAHO 2010 | Elaboración propia

32

A partir del trabajo de campo cualitativo encontramos que la insatisfacción no siempre tiene que ver con el tema de recursos materiales, dinero y/o bienes. Tiene que ver también con la poca valorización que tienen las mujeres rurales jóvenes sobre su papel en el hogar y en el territorio. Si bien se trata de una falta de auto-reconocimiento es reflejo también de la falta de reconocimiento de terceros, que llega hasta el punto de convertirse en una frustración, e incluso en resentimiento.

Finalmente, consideramos importante notar que las diferencias en cuanto a cultura política no están marcadas por diferencias de género, sino sobre todo por zona de residencia y, en menor medida, por condición de pobreza.



RETOS Y PERSPECTIVAS DE FUTURO

34

La información cuantitativa y cualitativa trabajada por el equipo de Nuevas Trenzas en Perú muestra que las mujeres rurales jóvenes se encuentran en un proceso de transición. Por un lado, las cifras muestran cambios positivos progresivos conforme la edad va disminuyendo. Por otro, a partir de la información cualitativa, encontramos entre las mujeres rurales jóvenes un discurso empoderado e igualitario en términos de relaciones de género. Mucho de esto es resultado, en gran parte, de esfuerzos estatales y de instituciones privadas por mejorar las condiciones de vida de los pobladores rurales, y con ello aumentar el capital humano de las mujeres rurales jóvenes. Además de los esfuerzos en temas legales para asegurar que las mujeres participen en actividades políticas y en procesos de toma de decisión.

Así, poco a poco, la posición de las mujeres jóvenes dentro del mundo rural ha ido cambiando. Es así que las mujeres rurales jóvenes son ahora actores clave para el desarrollo de los territorios en que habitan. En esa medida es que es necesario desarrollar políticas que potencien sus capacidades para dirigir y formar parte de los procesos de desarrollo rural.

Para ello, sin embargo, es importante tomar a las mujeres rurales jóvenes como un colectivo particular y heterogéneo que, por lo tanto, necesita de políticas focalizadas. Hemos visto a lo largo de este informe que las hay diferencias marcadas entre los diferentes grupos de edad de las jóvenes rurales. En ese sentido muchas veces las más jóvenes tienen más en común con sus pares urbanas que con sus hermanas mayores, madres y abuelas.

Es importante también alejarse de las visiones estereotipadas que se tienen de las jóvenes rurales. Para ello, es necesario prestar atención a los cambios en marcha no solo en el ambiente, sino en las prácticas e imaginarios de las mismas jóvenes. En ese sentido es de capital importancia tomar en cuenta sus aspiraciones y capacidades.

También hemos visto que gracias a su competencia práctica, la capacidad de hacer de las mujeres rurales jóvenes es cada vez mayor. Han desarrollado y desarrollan constantemente estrategias para hacer frente a las limitaciones de su entorno. Son agentes activos con una alta capacidad de innovación. Además cuentan con mayores recursos como educación y tecnologías de la información y comunicación que les permite no solo acceder a más oportunidades sino a buscar un desarrollo personal más pleno.

Sin embargo, también queda claro que falta mucho por hacer. Hemos visto que a pesar de que algunas brechas se cierran o comienzan a hacerlo, las jóvenes rurales siguen viviendo en un contexto por desigualdades que se entrecruzan y les impide desarrollar sus estrategias de vida. Así, hemos identificado que existe un momento, que hemos llamado “el punto de quiebre” en se retrocede en lo avanzado, mucho veces debido a la fuerte influencia que aún tienen las prácticas sociales y culturales de su entorno, muchas que incluso ellas mismas reproducen. Es entonces que frente a la realidad que deben enfrentar, sus expectativas y aspiraciones pasan a un segundo plano, creando una situación de insatisfacción con sus vidas –más allá de lo material– que termina convirtiéndose en frustración y a veces en resentimiento.

En ese sentido, el gran reto es cambiar estos condicionantes sociales y culturales que hacen posibles las trampas de género y con ello las trampas de pobreza que afectan a las jóvenes rurales, que les impiden alcanzar, sus metas. Y ello va más allá de mejorar el acceso a infraestructura y servicios. Pasa, más bien, por revertir una situación de fuertes sesgos de género en los diferentes espacios por los que las jóvenes se desenvuelven, que pueden incluso terminar por anular los progresos avanzados en otros campos como la educación, el acceso a las tecnologías, entre otros.

CONCLUSIONES

36

Hemos visto que tanto la información cuantitativa como la cualitativa muestran notables mejoras y con ello reducciones significativas de las brechas analizadas con relación a las capacidades prácticas de las mujeres rurales jóvenes. No obstante, las prácticas cotidianas de su entorno y de ellas mismas, muchas veces continúan mostrando lo contrario, reproduciendo así las diferencias de género y ampliando las brechas.

Como hemos visto, en la medida en que tienen más oportunidades para acceder a la educación y a las TIC, las mujeres rurales jóvenes tienen hoy más capital humano y social, así como mayor competencia práctica que las generaciones anteriores de mujeres rurales. Estas oportunidades, muchas veces propiciadas por el sector público, se complementan con un discurso muy interiorizado sobre la importancia de terminar la secundaria y de continuar estudios superiores. En esa medida, para muchas jóvenes rurales darles una buena y completa educación formal a sus hijas se ha convertido en un motivo para ingeniar estrategias para generar ingresos, y para construir una relación más estrecha con ellas.

Sin embargo, estas expectativas son difíciles de materializar en la práctica. Como hemos visto a través de la información cuantitativa, las brechas en educación han disminuido, pero no siempre de manera significativa y a lo largo de largos periodos de tiempo. Por un lado, se truncan cuando no se cuenta con suficientes recursos económicos para seguir los estudios, sean privados o públicos. Por otro, encontramos que las trayectorias de las mujeres rurales jóvenes para lograr un desarrollo autónomo se

ven limitadas cuando llegan a lo que hemos llamado “el punto de quiebre”, momento entre los 18 y 22 años en el que la mayoría opta por comenzar a convivir. Todo esto, además, se ve exacerbado por los sesgos de género que existen dentro del hogar y en sus localidades, como el acceso y control de la tierra, que privilegian a los hombres y dejan de lado a las mujeres. Dentro de este contexto, muchas terminan por repetir las trayectorias de sus madres, que tanto quisieron evitar.

Es así que encontramos que una de las brechas más amplias en todos los temas tratados es la geográfica, que refleja estilos de vida marcadamente distintos entre mujeres jóvenes rurales y urbanas. Las brechas de género también suelen ser bastante significativas, como podemos ver en el tipo de trabajo y en la naturaleza del empleo de mujeres y hombres, que por ejemplo, debido a las diferencias en el acceso a la tierra, las primeras suelen trabajar como peones mientras que los segundos como explotadores.

No obstante, observamos que las mujeres rurales jóvenes no han adoptado frente a ello una actitud pasiva: sí han empezado a cuestionar y trasgredir ciertas normas a través de diversas estrategias como el uso de teléfonos móviles. También encontramos que, como hemos mencionado, el afán por tener educación para ellas o para sus hijas es un deseo que las motiva a buscar nuevas e innovadoras estrategias de vida y a salir de las prácticas establecidas por su entorno. Deseo que pasa, además, por encontrar un desarrollo pleno y conseguir una superación personal que va más allá de lo puramente económico, como puede ser obtener reconocimiento de parte de los

Nuevo Pedregal, Piura, Perú / Fotografía: Andrea García



demás, encontrar un espacio para relacionarse con sus pares o generar independencia de la vida familiar, entre otros.

En cuanto a la relación con el Estado encontramos que esta es importante en la medida en que otorga a las mujeres rurales jóvenes competencia práctica, y es parte de su capital como ciudadanas. Aquí vemos que, sobre todo en relación con la tenencia de documentos de identidad, las brechas tanto de generación, como de género y geográficas son casi imperceptibles. Pensamos que ello se debe a los esfuerzos del Estado, enfocados a los territorios rurales, por lograr que todos los habitantes tengan su documento de identidad. No obstante, esto es menos logrado para los títulos de propiedad. Por ello en esta parte es necesario resaltar una vez más la necesidad de políticas especialmente dirigidas a las poblaciones específicas, en este caso a las mujeres rurales jóvenes, para franquear los obstáculos que impiden un desarrollo pleno de este colectivo y acortar las brechas que hemos observado.

Finalmente, los hallazgos con relación a las percepciones y autopercepciones han abierto nuevas perspectivas desde donde comprender y caracterizar a las mujeres rurales jóvenes. Por un lado, con respecto a la preferencia por un gobierno democrático encontramos que, a diferencia de temas anteriores, la brecha de género no es relevante. En este caso la condición de pobreza parece mediar por la preferencia de régimen político: a mayor pobreza, menor el porcentaje de mujeres rurales jefes o cónyuges que prefiere un gobierno democrático.

Otro tema que nos suscita nuevas preguntas es la correlación entre la pobreza medida objetivamente y la percepción de pobreza subjetiva. Ello en la medida en que encontramos que a mayor pobreza, mayor es el porcentaje de mujeres que se considera pobre.

BIBLIOGRAFÍA

Asensio, Raúl H., *Nuevas (y viejas) historias sobre las mujeres rurales jóvenes de América Latina. Resultados preliminares del Programa Nuevas Trenzas*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos. 2012.

Asensio, Raúl H. y Carolina Trivelli, *Crecimiento económico, cohesión social y trayectorias divergentes: Valle Sur-Ocongate (Cuzco-Perú)* Santiago de Chile: RIMISP - Centro Latinoamericano para el Desarrollo Rural. 2011.

Escobal, Javier y Carmen Ponce, "Polarización y segregación en la distribución del ingreso en el Perú: Trayectorias desiguales", ponencia presentada al Encuentro Territorios en Movimiento, celebrado en Quito, 4-6 de junio de 2012. 2012.

Escobal, Javier, Carmen Ponce y Raúl H. Asensio, *Límites a la articulación a mercados dinámicos en entornos de creciente vulnerabilidad ambiental: el caso de la dinámica territorial rural en la Sierra de Jauja, Junín*. Santiago de Chile: RIMISP – Centro Latinoamericano para el Desarrollo Rural. 2011.

Esquivel, Valeria, *La Economía del Cuidado en América Latina: Poniendo a los cuidados en el centro de la agenda. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo*, colección de cuadernos: "Atando Cabos; deshaciendo nudos". 2011.

INEI. *Situación de la pobreza en el 2008*, Lima, Instituto Nacional de Estadística e Informática. 2008.

International Land Coalition e International Fund for Agricultural Development, *Gender in Agriculture Sourcebook*. Module 4: Gender Issues in Land Policy and Administration. Disponible en: http://www.landcoalition.org/sites/default/files/publication/873/ILCGender_web.pdf. (15/03/12). 2009.

MIMDES, *Una Aproximación a la Situación de la Mujer en el Perú*. Lima, Ministerio de la Mujer y Desarrollo Social. 2010.

Portocarrero, Gonzalo y Marcel Valcárcel, *El Perú frente al siglo XXI*. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú. 1995.

Ravallion, Martín, *Poor, or Just Feeling Poor? On Using Subjective Data in Measuring Poverty*. Policy Research Working Paper 5968. The World Bank. 2012.

Trivelli, Carolina, Javier Escobal y Bruno Revesz, *Desarrollo Rural en la Sierra*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, Centro de Investigación y Promoción del Campesinado, Grupo de Análisis para el Desarrollo, Consorcio de Investigaciones Económicas y Sociales. 2009.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE

TAREA ASOCIACIÓN GRÁFICA EDUCATIVA

PASAJE MARÍA AUXILIADORA 156 - BREÑA

TAREAGRAFICA@TAREAGRAFICA.COM

WWW.TAREAGRAFICA.COM

TELÉF: 332-3229 FAX: 424-1582

JUNIO 2013 LIMA - PERÚ



DOCUMENTOS DE TRABAJO DEL PROGRAMA NUEVAS TRENZAS

Nuevas Trenzas es un programa regional que busca generar y difundir conocimiento sobre quiénes son hoy en día las mujeres rurales jóvenes. Nos interesa conocer la evolución reciente de este colectivo, clave para las dinámicas del mundo rural, sus aspiraciones y expectativas, aquello que las conecta y aquello que las diferencia de sus madres y abuelas, los problemas y oportunidades que encaran y los retos que deben enfrentar para salir de situaciones de estancamiento y pobreza y acceder a una vida digna.

Nuevas Trenzas trabaja a partir del análisis de la situación de las mujeres rurales jóvenes en seis países de la región. A través de estos documentos de trabajo creemos que será posible propiciar políticas de desarrollo rural que cuenten en su diseño y ejecución con información concreta, contrastada y actualizada sobre las mujeres rurales jóvenes, que deje atrás los tópicos y las visiones estereotipadas sobre este colectivo.

La presente publicación muestra los hallazgos y lecciones del primer año de **Nuevas Trenzas** en Perú.